

EL BOLIVAR GUERRERO

Texto del discurso pronunciado en la Sociedad Bolivariana de Colombia, el 24 de julio día del bicentenario del natalicio del Libertador, por el General Gustavo Matamoros D'Costa — Comandante General de las Fuerzas Militares.

Señores:

Decía el maestro Valencia, que para hablar de Bolívar había que tener una montaña por tribuna. Y desde esta tribuna de la inteligencia, del patriotismo y del culto a los valores más caros de nuestra nacionalidad, como Comandante General de las Fuerzas Militares y en nombre de los soldados de tierra, mar y aire de Colombia, vengo a evocar la sagrada memoria del genio de América en el bicentenario de su natalicio.

Tamaño honor, fruto de la gentil invitación de esta benemérita Sociedad Bolivariana de Colombia, es una de las tareas más gratas de mi vida; la he emprendido más con el corazón que con la mente, porque se, que este templo del fervor Bolivariano, guarda el eco de oradores insignes y la fidelidad de plumas brillantes, cuya sabiduría y autoridad histórica mantienen latente en Colombia, en América y en el mundo, la dinámica de la acción y la proyección del pensamiento del Padre de la Patria.

Guardadas estas circunstancias y atendiendo a la gloriosa Institución que tengo el orgullo de representar esta noche, permitidme señores, referirme fundamentalmente a la estatua guerrera del caudillo, que con su espada nos legó la independencia y la libertad, hoy amenazada por falsos profetas.

Soy de los que comprenden la genialidad de Bolívar como la máxima expresión humana de América en toda su historia. Pero lejos de divinizar su figura, más aún, de interpretar su obra en forma apasionada o parcializada, o de compararla fastidiosamente con la de otros próceres de la Independencia. La vida de un gran hombre, es grande por ser suma indivisible, de magnas realizaciones y de no pocos errores, de virtudes y de pasiones, de glorias y de infortunios. Y la de Bolívar se enmarca dentro de este contexto, así forme parte de ese grupo de hombres excepcionales que Dios envía cada siglo al mundo para reanimar su esencia; así haya nacido para ser el Libertador del Nuevo Mundo, y por tanto su figura se preste al panegírico, a la descripción deslumbrante, apasionada, controvertida o a veces procaz, como efectivamente ha ocurrido en nuestra historia.

Es Bolívar uno de los más genuinos caudillos guerreros de la humanidad. Pero recurrió a la guerra solo como un medio para alcanzar sus ideales de emancipación americana e implantar la democracia y la libertad en los nuevos Estados. No fue un soldado formado para el combate; su primer grado militar lo obtuvo por tradiciones aristocráticas antes que por educación militar. Por tanto, tuvo que aprender a luchar en el mismo campo de batalla y servirse del infortunio, la derrota y la adversidad. Así templó su espíritu, forjó su cuerpo e iluminó su mente para erigirse en el supremo caudillo de la libertad del Nuevo Mundo. Bien lo afirmaba su más calificado rival, el Pacificador Don Pablo Morillo: "Bolívar es la revolución... él es más peligroso derrotado que victorioso".

Al iniciarse la revolución de Independencia en 1810, gracias a su fortuna, que le permitió sufragar parte de los gastos de la comisión venezolana enviada a Londres en procura del apoyo del imperio Británico para la causa Americana, Bolívar se inició como diplomático. Allí conoció al General Don Francisco Miranda y en él creyó encontrar al Jefe Militar más apropiado para organizar y dirigir la revolución americana; así lo creyó también la Junta revolucionaria de Caracas, la cual otorgó al precursor el grado de generalísimo y el poder absoluto. Pero los cuarenta años en Europa habían dislocado su inteligencia del medio americano aún cuando su corazón y sus sueños se mantuvieron siempre en el continente. Por eso, ante un

pequeño pero bien mandado Ejército realista, Miranda presentó una masa aparentemente disciplinada pero extravagantemente escindida del medio, y de las circunstancias de la guerra en América. Los resultados adversos, no se hicieron esperar y terminaron por minar el ánimo del infortunado cuan benemérito precursor, en quien sus subalternos personificaron la derrota y hasta la traición a la causa. Entregado a los realistas, su sacrificada existencia acabó tristemente en la mazmorra gaditana, mientras Bolívar llegaba a Cartagena de Indias para emprender el vuelo hacia las cumbres de la gloria.

Sobre las murallas de la Plaza Fuerte de España en América, brilló por primera vez el genio político del futuro Libertador. El manifiesto de Cartagena es un documento profundo, analítico de los yerros políticos y militares cometidos en Venezuela y de los peligros que amenazaban a la Nueva Granada si no se combatía decisivamente a los realistas victoriosos.

La heroica Cartagena se encontraba en guerra abierta contra la realista Santa Marta por el dominio del río Magdalena, arteria vital de las comunicaciones con el interior. Mandaba las fuerzas el Coronel francés Pedro Labatut, quien acogió los servicios del caraqueño y lo destinó a la aldea de Barrancas (hoy Calamar) para proteger la vía fluvial. Pero Bolívar, no era la persona para someterse al combate limitado en el tiempo y en el espacio, menos aún para mantenerse en la pasividad del rancharío esperando órdenes de un extranjero. Una vez asumió el mando de la exigua guarnición, se lanzó al frente de sus soldados a conquistar los poblados más importantes, logrando con movilidad, sorpresa y valor, despejar de enemigos el bajo Magdalena. Su gloria militar partió pues de un acto de desobediencia.

Como las proporciones de lucha se fueron acrecentando, al llegar a los Valles de Cúcuta se dirigió al Congreso de la Nueva Granada en busca de su reconocimiento militar y de ayuda para liberar a su patria; ayuda que se concretó en un batallón conformado por lo más valioso de la juventud Neogranadina: Girardot, Ricaurte, D'Elhuyar, Maza, etc. Con ellos, Bolívar emprendió la campaña de Venezuela de 1813, mejor conocida como Campaña Admirable, porque, en verdad, fue admirable su concepción y desarrollo. Empezó por decretar la guerra a

muerte, no sólo como recurso para equilibrar psicológicamente la forma cruel y devastadora como hacían la guerra los españoles, sino para definir el principio del "Jus Soli" de la nacionalidad americana. Luego prosiguió su avance amparado en los Andes para explotar con creces su fuerza principal constituida por la Infantería Neogranadina del Batallón 5º de la Unión: Alcanzando así, la libertad de Caracas. Desafortunadamente un terrible caudillo realista José Tomás Boves, emergió de las llanuras arrastrando tras de sí hordas irresistibles de jinetes, ante los cuales no valieron ni el heroísmo de Atanasio Girardot en el Bárbula, ni el sacrificio sublime de Ricaurte en San Mateo. Todo se consumó en la batalla de la Puerta y en Valencia en el más espantoso festín de sangre y de barbarie.

Otra vez derrotado en Venezuela, el Libertador, regresó a la Nueva Granada, tierra fecunda para la libertad y para realizar su destino; "sois un militar desafortunado pero sois un gran hombre". Le dijo entonces proféticamente el Presidente del Congreso; y de él recibió el encargo de someter a Santafé al marco del federalismo, quizá contrariando sus propias ideas políticas.

Cumplida tan difícil misión, fue enviado a la Costa Atlántica a someter a Santa Marta, pero tuvo que exiliarse en Jamaica para evitar la guerra civil; mientras Don Pablo Morillo se aproximaba con su escuadra pacificadora.

Fue en el Caribe, donde Bolívar fugitivo y abandonado de la fortuna, produjo uno de los documentos políticos más trascendentales de nuestra historia, la Carta de Jamaica. En ella aflora su conocimiento profundo del momento político, sociológico y militar hispanoamericano y su admirable visión del destino continental. Pareciera que su misérrima situación personal hubiera fecundado su poderosa inteligencia en aras de motivar espiritualmente la causa de la libertad y hubiera dinamizado su acción para conseguir la ayuda de Petión y con ella proyectar nuevamente la lucha a su Patria.

Dos veces desembarcó Bolívar con armas y hombres en la Costa de Venezuela y luego de imponer su autoridad sobre algunos generales que, más ignorantes que ambiciosos intentaron disputarle el liderazgo, en audaz operación militar se apoderó del Puerto de Angostura, donde estableció una base de Ope-

raciones para irradiar el esfuerzo militar primero infructuosamente hacia Caracas en 1818 y luego en dirección a Santafé. Desde entonces, la balanza de la guerra empezó a equilibrarse para la Independencia.

La campaña libertadora de 1819, tuvo su preámbulo en la increíble carga de las Queseras del Medio y su feliz comienzo, en el logro del desprendimiento estratégico de la fuerza principal enemiga, constituida por el Ejército de Morillo, que quedó ignorante en Venezuela respecto de la dirección tomada por los Patriotas. Sin embargo, antes que una planeada campaña militar, esta jornada fue una epopeya gloriosa con cierta dosis de aventura y de genial intuición; particularmente por tener que enfrentar un Ejército sin medios siquiera indispensables, a una geografía abrupta y desconocida, de clima gélido, e integrado por hombres provenientes de ardientes llanuras, que nunca antes habían contemplado naturaleza tan rigurosa y hostil. Pero el Libertador, que poseía una extraordinaria imaginación creadora y que sabía inspirar en sus hombres fuerzas espirituales portentosas para superar toda dificultad, logró remontar la cordillera y caer sobre la desprevenida división realista del Coronel José María Barreiro, para obtener la sorpresa estratégica y la iniciativa operacional que en toda campaña constituyen la llave de la victoria.

Las acciones tácticas empezaron en las peñas de Tópaga con una operación de tanteo, en la cual Bolívar lanzó un ataque frontal contra la fuerza realista parapetada en escarpada posición, sin otra ventaja que la de hacer cruenta demostración de la disciplina e intrepidez de su Ejército. Pero de inmediato corrigió el error táctico con un movimiento de alcances estratégicos que le permitió desorientar a Barreiro y tomar contacto con los fuertes núcleos guerrilleros patriotas que operaban en el interior del reino.

La batalla del Pantano de Vargas, fue también una acción en donde el Ejército patriota luchó en desventajosas circunstancias, fruto de la intención de Bolívar de cortar las líneas de comunicaciones a su enemigo con Santafé, teniendo que cruzar de antemano un obstáculo natural, que al dejarlo a retaguardia no le daba más opciones que la de vencer o morir. Pero Rondón con sus llaneros, el valor de la Infantería y su propia intuición le dieron la victoria, más de tipo moral que material.

La batalla del Puente de Boyacá, por demás gloriosa, fue realmente ganada de antemano con un movimiento que le permitió al Libertador ocupar a Tunja y recuperar lo perdido en toda la Campaña, para desequilibrar a su adversario, engañarlo y llevarlo al campo de batalla sin mayores posibilidades. Esta acción, pese a que fue un combate de encuentro, la sorpresa determinó desde un comienzo el desplazamiento del dispositivo realista, la victoria y la libertad del Virreynato, que de inmediato se convirtió en la base de operaciones más importante para la libertad de la América del Sur.

La Campaña Libertadora de Venezuela de 1821, puede considerarse como la obra militar cumbre de Bolívar, digna de los grandes capitanes de la historia, concebida y realizada como una maniobra por líneas exteriores, donde el esfuerzo central avanzó lenta y cautelosamente desde los valles de Cúcuta hacia el centro de Venezuela, en busca del punto preciso de unión con las columnas de los Generales Urdaneta y Páez que marchaban por Maracaibo y el Apure. Y mientras esto sucedía al Occidente, Bermúdez tomó por el Oriente a Caracas y amenazó la línea natural de comunicaciones realista con Cuba y España, obligando con ello al Mariscal Latorre a retirar una fuerte división que cubría los Llanos de Calabozo, para conjurar la amenaza a sus espaldas. Luego, en vísperas de la batalla, otra operación de distracción patriota del Coronel Cruz Carrillo amenazó a Valencia y Puerto Cabello; y el Comandante español con sus tropas concentradas, tuvo que desprenderse de otros batallones para proteger su retaguardia.

Así favorablemente dosificado el dispositivo realista, el Libertador avanzó sobre su enemigo a definir la libertad de su Patria Chica.

En la batalla de Carabobo, brilló singularmente la concepción táctica del Libertador. Mientras la más débil fuerza republicana atacó frontalmente la posición enemiga escalonada en profundidad, el General Páez con la columna principal flanqueó por la izquierda el dispositivo español y alcanzó la sabana apoyado en el heroísmo de la Legión Británica, para barrer con la caballería las fuerzas enemigas, aún cuando el glorioso batallón español Valencey, al final escribiera el más heroico episodio de España en América.

Obtenido el triunfo en Venezuela y estructurada políticamente Colombia en el Congreso de la Villa del Rosario de Cúcuta, Bolívar marchó a conquistar la libertad del Sur, donde la agreste topografía y el espíritu realista de sus habitantes habían hecho fracasar todos los anteriores intentos militares patriotas. El dispositivo enemigo se encontraba a caballo sobre los Andes, guardando el eje Pasto-Quito y sobre el obraban en forma de tenaza las columnas de los Generales Sucre y Valdés desde Guayaquil y Popayán respectivamente.

El Libertador confiado plenamente en las capacidades del gran mariscal de Ayacucho, asumió directamente el mando de las fuerzas que operaban sobre Pasto, las cuales demandaban su presencia. La empinada topografía constituía por sí sola una serie de barreras naturales inabordables, como los cañones del Patía, del Juanambú y del Guátara. El ejército realista, estaba integrado por nativos de la zona fanáticos defensores del rey, que conocían palmo a palmo el terreno y, estaban comandados por excelentes oficiales que sabían conducir una guerra defensiva, obstinada, tenaz, cruel y a veces generosa.

Efectivamente, como en anteriores ocasiones, en ésta Don Basilio García combinó hábilmente la acción de Fuerzas guerrilleras de cobertura extendidas hasta Popayán, las cuales ablandaron en su avance al Ejército patriota hasta presentarlo completamente disminuido frente a Pasto. Por fortuna Bolívar no atacó directamente la ciudad, sino más bien, buscó cortar las líneas de comunicaciones con Quito. No lo logró, pues el sagaz enemigo le cerró el paso sobre la profunda quebrada de Cariaco.

Impaciente el Libertador por la hostilidad de la zona, la tenacidad de su enemigo y el difícil estado de sus fuerzas, tuvo que lanzarse frontalmente contra la inexpugnable posición de los pastusos en Bomboná, sin otro resultado que el de hacer de esta batalla la más heroica y cruenta de la guerra de Independencia en América, apenas salvada al caer de la tarde cuando el glorioso batallón Rifles logró coronar el flanco adversario, luego de penoso movimiento. Bolívar tuvo que retroceder lo andado hasta cuando el triunfo de Sucre en Pichincha le permitió su entrada pacífica y triunfal a Pasto.

La campaña del Perú marco el cenit de la obra estratégica del Libertador. Fue concebida y ejecutada desde la cordillera y determinó la caída del poder español en Lima, por simple posición.

Junín fue la última batalla librada por Bolívar donde revivió las cargas irresistibles de la caballería llanera. No participó de la apoteosis de Ayacucho, porque los celos de su gloria y poder, empezaban a carcomer los cenáculos políticos de Colombia. Pero su nombre ya llenaba el corazón del Universo.

Esta es la trayectoria heroica que expresa la dimensión real de Bolívar guerrero, nimbado por una estela luminosa que va desde la desembocadura del Orinoco hasta las cumbres del Potosí. Sólo los grandes capitanes de la historia pueden igualar tamaña proeza, aun cuando no los alcances espirituales de su lucha. Porque Bolívar no conquistó Imperios para fundir culturas como Alejandro, no sometió pueblos a la férula de la civilización esclavista como César, no arrasó naciones con sentido vandálico y depredador como Gengis Khan, ni venció ejércitos poderosos en nombre de la Libertad para imponer su autoridad como Napoleón. Si como ellos, realizó hazañas portentosas, fue para romper las cadenas de la opresión, para liberar pueblos de la esclavitud o del colonialismo, para crear naciones independientes y dignificar al hombre dentro de la sociedad.

Por eso, aún cuando la obra guerrera de Bolívar es inmensa, su grandeza está más dada por la trascendencia de su monumental obra política. Consolidada la independencia se dio a la tarea de concretar sus grandes concepciones y proyecciones en este campo. En primer lugar la de la gran confederación hispanoamericana que venía madurando desde 1815, concretada en el congreso Anfictionico de Panamá, lamentablemente malogrado por la incomprensión y el egoísmo de algunos países, pero cuya esencia sirvió de estructura a la posterior formación del derecho internacional iberoamericano y a los diferentes acuerdos integracionistas del presente.

Las confederaciones de los Andes y de las Antillas fueron otros dos proyectos grandiosos del Libertador, que se estrellaron contra el espíritu caudillista y separatista hispanoamericana-

no. Ni siquiera Colombia la grande, por la cual luchó hasta su último aliento, pudo salvarse de la desintegración y de la anarquía.

Por otra parte, el genio de Bolívar, identificado como ninguno con la geografía, el medio y el hombre latinoamericano, fue el único que comprendió la medida exacta en que podían aplicarse en los nuevos estados toda esa corriente teórica de la Francia enciclopédica y revolucionaria; intentó adaptarlos a las circunstancias, pero al final sucumbió ante la intoxicación dogmática e incomprensión de quienes lucharon a su lado. La disolución y el desorden se apoderaron de hispanoamérica, llamada entonces por el Dios de las batallas y de las naciones a un grandioso destino.

Pero si todo el ideario Bolivariano no tuvo y no ha logrado su realización completa, continúa alumbrando los horizontes latinoamericanos. Por eso, hoy en el bicentenario de su natalicio, el mejor homenaje que podemos ofrecerle es el de repasar sus lecciones fecundas con miras a buscar la forma de concretarlas; porque ellas continúan mostrando las vías más expeditas para superar la múltiple problemática política económica y social que aqueja a las naciones surgidas de su intelecto y de su espada. Si continuamos siendo inferiores al derrotero señalado por el genio de América, seguiremos determinados por las potencias de hoy y de mañana, con el riesgo ostensible de caer bajo el duro yugo del despotismo totalitario y perder la libertad que el nos legó como el más caro patrimonio.